



TRABAJO FINAL DE GRADO

Monografía

Adolescencia y exclusión social en el Uruguay: Una mirada desde las instituciones educativas y la Psicología Comunitaria.

Estudiante: Marcelo Vasconcellos

4.568.139-2

Tutora: Prof. Alicia Rodríguez

Montevideo, 2 de Mayo de 2016

Índice

Resumen.....	Página 2
Introducción.....	Página 3
Fundamentación.....	Página 5
Objetivos.....	Página 6
Análisis:	
Adolescencia: concepción histórica.....	Página 7
Identidad y prácticas de subjetividad en la adolescencia.....	Página 11
Exclusión social.....	Página 13
El papel de las Instituciones como anclaje social.....	Página 21
La institución educativa en Uruguay.....	Página 27
Comunidad, adolescencia y participación.....	Página 35
Reflexiones finales.....	Página 39
Referencias bibliográficas.....	Página 41

Resumen

A partir de la presente Monografía se buscará reflexionar sobre la adolescencia en situación de exclusión social en nuestro país, teniendo en cuenta la perspectiva histórica, el vínculo y el desarrollo actual de ambos conceptos, considerando el papel de las instituciones y en particular la institución educativa como lugar de análisis y los planteos de la Psicología Comunitaria en cuanto a la participación de los adolescentes en la comunidad.

En relación a la adolescencia se abarcará una concepción histórica desde la cual se hace énfasis en las múltiples formas de concebir al adolescente en relación a su entorno, desde el relacionamiento de las adolescencias con las respectivas sociedades en que se enmarcan, principalmente en nuestra región.

Se abordará también la identidad en la adolescencia para contemplar las distintas formas de transitar la misma, haciendo de ésta una etapa de aprendizajes, experiencias y vínculos.

Se pondrán de relieve las múltiples condicionantes que entran en juego al hablar de exclusión social, contextualizando el surgimiento de las diversas terminologías en relación al tema y vinculándolo a la adolescencia en nuestra sociedad.

Se planteará el papel de las instituciones como anclaje social. Ámbitos como el trabajo y la familia se presentan como lugares de socialización. Se hará énfasis sobre todo en la educación relacionado a la temática de exclusión en la adolescencia.

Finalmente desde el marco de la Psicología Comunitaria se destaca el rol de la comunidad como agente activo del cambio social desde la participación adolescente como apuesta a la inclusión social.

Palabras clave: Adolescencia - exclusión social - psicología comunitaria.

Introducción.

La adolescencia puede verse como una etapa en la que están presentes factores de riesgo, que hacen que podamos catalogar a ésta como una etapa de “vulnerabilidad”. Es mediante esta vulnerabilidad, que puede llegar a manifestarse en algún momento, que podemos abordar a la adolescencia como problemática, no porque en el adolescente mismo esté implícito un problema.

Hoy por hoy, el adolescente ya no puede ser visto como “perturbado”, sino más bien como un ser “complejo”. Esta es una etapa fuertemente marcada por ser donde especialmente se forma la identidad de la persona, se asumen e integran normas, valores, y roles.

No existe una misma forma de concebir a la adolescencia que se adapte a todo sentido y todo contexto, es por esto que se hace necesario ubicarla dentro de una concepción histórica, y pasar a hablar en el plural haciendo referencia a las “adolescencias”. Ver de qué manera han sido comprendidas con el pasar del tiempo permitirá abordar el desarrollo de las adolescencias a nivel global, para luego centrarme en el desarrollo del tema en nuestro país.

Veremos también como la exclusión social tiene su propia historia. Diferentes autores plantean abordajes distintos sobre el concepto y aportan también terminologías distintas. Un ejemplo de esto son Duschatzky & Corea (2009), que toman la noción de “expulsión”, porque de ese modo le asignan un carácter móvil y abordan los mecanismos que hacen posible que exista la exclusión. Castel (1997), por su parte, habla de una etapa de enfriamiento en el vínculo social, que denomina vulnerabilidad. Este autor prefiere hablar de desafiliación antes que de exclusión.

La exclusión en sí es un concepto multifacético tanto desde el punto de vista teórico como práctico, tanto desde sus múltiples formas de comprenderse y a su vez de manifestarse, aún vinculándola a la noción de adolescencia planteada en este mismo trabajo.

Veremos el papel que las instituciones han tenido en el transcurso de los años en relación a la adolescencia. La familia, la educación y el trabajo son tres instituciones cuyo fortalecimiento o debilitamiento son el reflejo y acompañan el transcurso de las sociedades en que se constituyen y se hace necesario en el presente trabajo destacar la

importancia de cada una. Muchos factores pueden debilitar estas instituciones por las que el individuo transcurre, aspectos como la precariedad del empleo en el núcleo familiar, malas condiciones de vivienda, violencia, abandono, discriminación, entre muchos otros, dejan su huella en el desarrollo de los sujetos a lo largo de sus vidas, sobre todo a edades tempranas.

La escuela como institución se convierte en un espacio ideal para analizar los mecanismos de exclusión-inclusión que transitan algunos adolescentes dado que esta etapa marca un punto de inflexión como etapa evolutiva de la vida de los jóvenes y por ello el análisis de los modos de adaptación y permanencia que emplean los jóvenes a este medio constituyen una rica fuente de análisis para la temática de este trabajo. Como institución básica, la escuela debiera poder reconocer la singularidad del alumno para respaldarlo en la obtención de su libertad e independencia manifestándose desde la ejecución de la docencia como agente socializante, docentes que estén capacitados para orientar de manera eficaz. La organización institucional, explica Barrón (2008), debe funcionar como contención tanto para docentes, como para padres y niños.

Profundizando en el ámbito educativo, en nuestro país existen actualmente una serie de programas y proyectos pensados en este terreno tanto para niños como adolescentes. Estas políticas educativas puestas en práctica por organismos como la Administración Nacional de Enseñanza Pública (ANEP), entre otros, abordan la problemática de la inclusión en educación, por lo cual constituyen un insumo importante para este trabajo y en ese sentido se ahondará brevemente sobre algunos de estos programas.

Finalmente se planteará a la adolescencia como una etapa de desarrollo con características y necesidades propias. Se reflejará la importancia del vínculo con los adultos y el sentido de pertenencia de los adolescentes en relación al lugar en donde viven. También, desde el marco de la Psicología Social Comunitaria, se hará énfasis en la participación de los adolescentes como agentes activos de la sociedad, mediante el involucramiento directo en aquellos ámbitos que ellos consideran relevantes.

Fundamentación.

En el transcurso de mi formación en la Facultad de Psicología, he podido entrar en contacto en muchas oportunidades con personas interesantes, que han motivado y contribuido a mi propio crecimiento como persona. Pude presenciar y participar también en cada instancia de muchos enfoques, formas de pensar y de ver esta disciplina, la cual se ha ganado mi respeto y cariño año tras año, desde el comienzo. Estos encuentros me han ayudado a mi desarrollo como futuro profesional.

En ese sentido, muchos son los temas que pudieron haber motivado mi elección para tener en cuenta a la hora de iniciar mi Trabajo Final de Grado. El encuentro reciente en el tiempo con la temática de exclusión social y la corriente de la Psicología Comunitaria capturaron mi atención para construir desde dichos planteos esta producción académica. En un principio, los otros dos ejes que pronto decidí integrar son por un lado la adolescencia como población objetivo y, en función de la misma, la mirada de las políticas sociales que se desarrollan en nuestro país para esa población en particular.

Si bien esta producción ha ido variando con el transcurso de los meses tanto en contenido como en estructura, desde las primeras etapas se perfiló hacia la realización de una Monografía. Y aún con tales variantes mencionadas la idea primaria de poner en discusión los principales ejes (Psicología Comunitaria, exclusión social, adolescencia) no sólo no ha variado sino que a mi juicio personal ha podido irse materializando, apoyada en la integración de otros temas que también son relevantes en el desarrollo de este trabajo, los cuales ya han sido enumerados en la introducción, posteriormente en los objetivos y que luego serán abordados en mayor profundidad en los sucesivos capítulos.

Un ejemplo de esto es la inclusión del abordaje sobre el sistema educativo, que fue ganando relevancia a medida que tomaba forma el análisis. La educación se torna un lugar propicio para indagar sobre el vínculo entre la exclusión social y la adolescencia. Al constituir temas muy amplios, la mirada de la adolescencia desde la exclusión puede proponerse desde muchos puntos de vista (el entorno familiar, laboral, desde el conflicto con la ley, entre otros temas), sin embargo y quizás llevado por la presencia de varios docentes en mi propio entorno familiar opté por plantear la temática desde la institución educativa.

Pero, ¿En qué radica la importancia de hablar sobre temas como adolescencia, educación y exclusión? Desde mi perspectiva en que son temas que se hallan muy presentes a nivel social, que se debaten cotidianamente y en forma sistemática, que son además motivo de preocupación y de acción por parte del Estado y de diversas entidades sociales, como veremos en distintos tramos de este trabajo.

Desde este lugar entonces, me propongo poner en diálogo dichos temas con motivo de poder reflexionar a partir de los mismos, de hallar e integrar distintas líneas de análisis, de identificar las diversas problemáticas que surgen en el entorno de ellos y del contexto en que se conjugan unos con otros. Para ello propondré una serie de objetivos, que detallaré a continuación.

Objetivos

Los principales ejes del presente trabajo son, como fue mencionado anteriormente, la adolescencia, la exclusión social, y la Psicología Comunitaria. Otros temas importantes en relación a estos son la identidad y las prácticas de subjetividad, el papel de las instituciones (en especial la institución educativa) y las nociones de comunidad y participación. Los mismos serán abordados en los sucesivos capítulos de este trabajo.

Como objetivo principal se busca reflexionar sobre la exclusión social en adolescentes en nuestro país, poniendo énfasis especialmente a partir del sistema educativo como lugar de análisis, y además problematizar desde la Psicología Comunitaria el abordaje de la adolescencia.

Para llegar a esto hay otra serie de objetivos que también hay que destacar:

- Describir la concepción histórica de la adolescencia. Esto incluye el relacionamiento con los paradigmas de carácter global en los que ha sido concebida la adolescencia, y cómo se han expresado en nuestro país.

- Reflexionar sobre las prácticas de subjetividad y la identidad construidas en la adolescencia.

- Problematizar la noción de exclusión teniendo en cuenta que existen distintos abordajes sobre el tema, con sus similitudes y diferencias.

- Ver el papel de las Instituciones en relación a los mecanismos de exclusión y la concepción de adolescencia actual, haciendo énfasis en la institución educativa como fuente de análisis, viendo además qué políticas educativas existen y se desarrollan en nuestro país, y qué abordaje proponen algunas de ellas en relación a los adolescentes.

- Explorar el papel de la comunidad como actor social reflejado en los adolescentes y en su capacidad de desplegar sus propios recursos desde la participación.

- Al mismo tiempo destacar a partir de los planteos por parte de la Psicología Comunitaria las condiciones que son necesarias para el desarrollo de las potencialidades que posibiliten tal participación, así como las redes de apoyo que sustentan a los adolescentes en dicho proceso.

Análisis

Adolescencia: concepción histórica.

En primera instancia es necesario introducirse en el tema de la adolescencia, puesto que es la población a la que apunta este trabajo. Para ser más precisos tendríamos que recurrir al plural y hacer referencia a las “adolescencias”, por el motivo de que existen múltiples formas de concebir al adolescente, las cuales dependen del contexto social e histórico en que se analicen y de las características propias del adolescente en relación directa a su entorno. Vale aclarar que cuando se hace referencia a las infancias en este capítulo se toma por parte de la perspectiva de políticas de infancia que en este caso hace referencia tanto a niños como a adolescentes, es decir al hecho de considerarlos en conjunto como sujetos de derecho y como ciudadanos plenos. (Giorgi, 2012)

También se distinguen estas adolescencias en cuanto a que no siempre los discursos a nivel político o desde una perspectiva de derechos acompañan la realidad económica o social en la que está inserto el adolescente, generándose aún más complejidad en el abordaje del tema.

Estas configuraciones reflejadas en el anterior párrafo cambian a través del tiempo haciendo que varíe el modo en que la sociedad va relacionándose con sus respectivas adolescencias como se verá más adelante.

La relación de las sociedades con sus respectivas infancias, nos dice Giorgi (2012), se estructura a partir de tres elementos centrales: la indefensión propia del infante, la necesidad de disciplinamiento y la asimetría de poder.

La protección, el disciplinamiento y el control social parecen procesos íntimamente relacionados, por lo que suelen entremezclarse sirviendo de modelo para el relacionamiento de los adultos e instituciones con la infancia en sus distintas fases y circunstancias históricas.

El autor nos habla de una disputa de paradigmas respecto a las políticas de infancia. Con el advenimiento del Estado moderno ocurre el pasaje desde la familia extensa hacia las instituciones estatales, de la responsabilidad de proteger y de disciplinar. Sin embargo, la intervención directa del Estado queda reducida a las llamadas “situaciones irregulares”. Por esto se entiende aquellos niños cuya situación de abandono, judicialización o anomia formaban parte de la categoría de “menores”. Menor implica aquel niño o niña que se encuentra en una situación irregular, y por lo tanto amerita la intervención estatal para brindarle protección lo que rápidamente se desliza al control social.

Esta visión impone una concepción de eventual amenaza acerca de una niñez que “escapa” del control familiar y comunitario por encima del reconocimiento del propio menor como persona necesitada de protección y portadora de derechos. Esta forma de pensar lo que logra es enajenar en cierto modo al niño o adolescente, dado que lo concibe como un problema con el cual hay que lidiar.

La ecuación “niñez pobre” igual a “potencial peligrosidad” orientó la aplicación de políticas de infancia para finales del siglo XX, y constituyó la principal característica de la doctrina de la situación irregular. De esta forma se justifica el control social como objetivo de aquellas políticas de infancia que toman bajo su tutela al niño o adolescente.

Por otro lado, con la aprobación de la Convención de los Derechos del Niño por parte de las Naciones Unidas en el año 1989, queda inserto un nuevo paradigma, el paradigma de la protección integral, dispuesto a transformar el campo de las políticas en infancia. (Giorgi, 2012)

En este caso, el interés superior del niño es lo que ocupa un lugar central de referencia para la resolución de conflictos, el cual ha sido recogido en los marcos

jurídicos, en el discurso técnico y en sectores importantes del sistema político. Aún así, dicho paradigma dista todavía de impregnar las prácticas institucionales y la vida cotidiana desplegadas tanto en el ámbito público como privado. Explica Giorgi (2012) que a pesar de los años transcurridos desde tal aprobación y del esfuerzo realizado por diferentes espacios organizacionales, no se ha dejado aún de lado la disputa por el lugar social que se les da a los niños, niñas y adolescentes en nuestros países.

Desde el diálogo cotidiano hasta en los medios de comunicación se expresan aún formas de ver a los jóvenes que coinciden con la configuración del antiguo paradigma, el de las situaciones irregulares, las que se forjan en las opiniones del colectivo y se perpetúan en el discurso social.

Giorgi (2012) emplea algunos ejemplos cotidianos que dan cuenta de estos procesos, los cuales pueden reflejarse desde hechos o actos aparentemente ingenuos, como el de la utilización de lenguaje policial al referirse a niños en situación de vulnerabilidad: “crónicas de prensa que dicen que la zona se ve amenazada por la presencia de niños en la calle”, o también actos atribuidos a la falta de criterio individual por ejemplo “la directora de una escuela que llama a la policía frente a la conducta aparentemente inapropiada de un alumno”. (Giorgi, 2012; p. 206)

Todo esto da cuenta de una imagen que continúa activa del niño desprotegido como amenaza despertando comportamientos que responden más al miedo y a la autoprotección que a la solidaridad. Debe prestársele particular atención en este último punto a las opiniones volcadas por aquellos actores sociales que pueden ser considerados como formadores de opinión, quienes son parte de los medios de comunicación, políticos, operadores jurídicos, entre otros. (Giorgi, 2012)

Durante la década de los noventa ocurre otro aspecto relevante que rescata el autor, trata acerca de la precarización laboral y el debilitamiento de las estructuras familiares. Nuestra sociedad en ese tiempo sufre una regresión en aspectos como la distribución de la riqueza, la inclusión social y por tanto la calidad de vida de algunos sectores de la población. Es entonces que podemos decir que la pobreza y también los niveles crecientes de exclusión social han afectado especialmente a la infancia y adolescencia, además de la discriminación surgida de la visión del diferente como amenaza.

En resumen, el deterioro de la solidaridad y la claudicación del Estado como garante de derechos hicieron que en la década de los noventa se produjese una crisis de protección que afectó especialmente a la niñez y la adolescencia. Y si bien ha habido avances con respecto al paradigma de la protección integral y su respectiva consolidación, la realidad reflejada socialmente ha ido en otro sentido, mostrándose una profundización de la desigualdad y generándose condiciones propicias para la vulneración de derechos.

De ello se desprende que la realidad social no siempre acompasa los avances desde el punto de vista teórico de las ciencias y es necesaria una mirada más compleja en la resolución de los problemas sociales.

Esta situación descrita párrafos arriba se ve modificada cuando a inicios del presente siglo se producen en esta región cambios a nivel social y político con la asunción de gobiernos progresistas en Argentina, Brasil y Uruguay que por un lado se proponen devolverle al Estado el papel de organizador y regulador de la vida social como elemento de las políticas sociales; y por otro lado, evitar el retorno del Estado paternalista y benefactor, apoyándose en un nuevo contrato social basado en la corresponsabilidad.

Se estimula de ese modo la participación social como respuesta a las problemáticas de exclusión que caracterizaron a las sociedades posneoliberales. Surgen de tal forma “políticas sociales participativas” que a su vez proveen a psicólogos comunitarios de un lugar para desempeñar su tarea en el marco del Estado. (Giorgi, 2012)

Vale aclarar que, como se verá con más detalle en el capítulo dedicado a Exclusión Social de este trabajo, si bien las políticas sociales que se han desarrollado en la última década hasta la actualidad han revertido tendencias respecto a la pobreza, los efectos de ésta durante los primeros años de vida influyen posteriormente en el desarrollo. (Giorgi, 2012)

En resumen, el lugar que se les asigna a niños y adolescentes en la sociedad depende no sólo de la garantía de sus derechos desde el punto de vista jurídico, ya que el papel de las instituciones y el rol del Estado son también fundamentales en el proceso de inclusión y protección de los mismos.

Este sector de la población se muestra verdaderamente sensible a los cambios en las estructuras sociales y económicas, dado que como veremos más adelante los jóvenes

requieren de una red de vínculos fuerte que los sustenten en su desarrollo y en el alcance progresivo de su autonomía.

El pasaje de un paradigma a otro pareciese asignarle un lugar de integración a los más jóvenes en la sociedad, sin embargo, para que la inclusión de estos jóvenes se concrete esto debe estar acompañado por cambios en las prácticas y en el discurso de los actores sociales en la forma en cómo se concibe a la niñez y la adolescencia.

Identidad y prácticas de subjetividad en la adolescencia.

La importancia de hablar acerca de la identidad en este trabajo radica en que es el modo en que cada persona se va construyendo en relación a su entorno, sus vivencias y las personas con las que convive, haciéndolo diferente y único respecto de los demás pero a la vez producto de esas relaciones que establece.

Cada adolescente tiene una forma de atravesar el difícil camino de su desarrollo, de construir a su vez su propia identidad e insertarse progresivamente en el mundo adulto. Las experiencias vividas durante este proceso pueden en algunos casos estar evidenciando funciones y disfunciones, excesos y también carencias vinculadas al entramado familiar y el contexto socio-cultural.

Mal o bien, los adolescentes afrontan su adaptación a la realidad mediante sus propios estilos, es en estos afrontamientos que como seres humanos se va construyendo su subjetividad y definiendo su personalidad.

Pero el adolescente no se encuentra sólo, va condicionando su proceso de socialización mediante su pertenencia también como miembro de un sistema, familiar y social. Es en este proceso de socialización que se va permitiendo incorporar valores, creencias, modalidades afectivas y cognitivas que, como ya se ha dicho, construyen su subjetividad y su personalidad. Es producto tanto de estos atravesamientos como de su propio sistema neurobiológico, que el sujeto adquiere recursos para enfrentar el medio produciéndose un patrón de respuestas determinadas con las que se conduce. (Crabay, 2008)

Al inicio de este trabajo se describió al adolescente como un ser “complejo”, no “perturbado”. Los cambios que caracterizan a esta etapa hacen que se genere cierto estrés y conflictos debido a presiones que son inevitables, tanto desde sí mismos como

desde su entorno, pues han de hallarse próximos a una siguiente etapa marcada por la búsqueda de la independencia, culminando el ciclo de la educación media e ingresando a la actividad laboral.

En ese sentido, los adolescentes van construyendo el logro de la autonomía y la formación de la identidad, procesos que son fundamentales en esta etapa. El desarrollo de sus potencialidades hará que el crecimiento del adolescente sea saludable, sino libre de problemáticas, al menos con las herramientas adecuadas para sortearlas de la mejor manera posible.

Con respecto a la identidad, y especialmente en relación a esa construcción de roles y valores previamente mencionados, los grupos de referencia juegan un papel muy importante en ese momento. A esta edad, generalmente los grupos de pares suelen estar muy presentes, compartiendo un entramado de experiencias, sentimientos y aprendizajes. Es decir, no sólo los adultos constituyen una red de apoyo para los jóvenes; es natural que estos busquen el reflejo en sus propios pares para encaminar su accionar hacia un sentido u otro.

Las distintas formas de producción de subjetividad no son ni universales ni atemporales, por el contrario, aparecen en condiciones culturales y sociales específicas.

Lo que permiten las prácticas de subjetividad, entre otras cosas, es rastrear las operaciones que despliegan los sujetos ante situaciones límite y las simbolizaciones que allí se producen. Preguntarse por las prácticas de subjetividad, es decir, por los modos en que los jóvenes se constituyen bajo circunstancias particulares es, también, preguntarse por la eficacia de dispositivos tales como la escuela, donde transcurren varios años de la vida del sujeto que está en su juventud. La pregunta a plantear radica en qué medida el pasaje por la escolarización deviene experiencia de construcción subjetiva. (Duschatzky & Corea, 2009)

Entonces, a efectos de la formación de la identidad y de las prácticas de subjetividad hay una infinidad de factores que se ponen en juego, por un lado factores relacionales como la pertenencia a un núcleo familiar, grupo de amigos, una escuela, etc, relacionamientos a partir de los cuales se va formando como sujeto y construyendo aprendizajes. Pero también influyen otros componentes como el lugar de procedencia, la situación histórica y cultural, entre muchas otras cosas. Considero que tener en cuenta

esto es necesario a la hora del abordaje ya sea con la adolescencia como con cualquier otra edad o situación que involucre a un grupo determinado de personas ante alguna problemática, en este caso la exclusión.

Exclusión social.

Al hablar sobre la exclusión hay que considerar muchos factores que entran en juego tal como sucede con la adolescencia. Estos dos temas presentan similitudes ya que en su abordaje hay que tener en cuenta las distintas formas en que pueden manifestarse para cada contexto puntual, las distintas concepciones y definiciones que han adquirido a través del tiempo y su importancia como tema relevante a nivel social.

En primer lugar me propongo realizar una distinción teórica acerca de distintos términos emparentados a la exclusión social que presentan similitudes entre sí pero que surgen en distintas épocas por diversas necesidades y circunstancias y que a nivel de desarrollo conceptual y procedencia muestran diferencias que conviene aclarar.

Luego de realizar la distinción y de enmarcar el tema a nivel global buscaré reflejar estos conceptos en el marco de nuestro país y sobre todo relacionado a la adolescencia como objeto de estudio indagando a través de datos estadísticos y buscando reflejar la importancia del abordaje de este tema.

Como se ha dicho al principio, este término ha tenido junto con otros, muchas acepciones y cambios con el transcurso de las décadas, por lo que es necesario contextualizar la diversa terminología y producción académica en base a este y otros términos que suelen confundirse entre sí. Para ello la autora Ana Lúcia Goncalves (2006) verifica las diferentes enunciaciones que han marcado la temática de la exclusión en los últimos 30 años del pasado siglo.

En base a esto, retoma la discusión sobre la marginalidad de la década de 1970, remarca la importancia del territorio y el espacio en cuanto a los derechos del ciudadano para la siguiente década y presenta posteriormente los problemas vinculados al uso generalizado del concepto de exclusión social en los 90' y su adherencia al mundo globalizado.

La palabra exclusión amalgama habitualmente expresiones como exclusión cultural, espacial, social y económica. Los habitantes de la periferia de las ciudades se

constituyen a priori como los individuos marcados por tales exclusiones, subjetivándose como los de afuera. La autora Goncalves (2006) se cuestiona sobre si esas premisas son razonables a la hora de pensar en la ciudad, entendiendo que se puede estar simplificando la compleja y múltiple realidad urbana.

El término marginalidad se introdujo en los años setenta luego de que en la mayor parte de las ciudades latinoamericanas se establecieron núcleos de poblaciones de características “sub-standard” en la periferia del cuerpo urbano tradicional en un proceso de urbanización que se gestó posteriormente a la Segunda Guerra Mundial. Al levantarse estas poblaciones, por regla general en la periferia, en los márgenes de las ciudades, comenzaron a surgir términos como “barrios marginales” o “poblaciones marginales”.

Luego se constataría que las viviendas precarias no sólo se encuentran en las áreas marginales; sino que también se pueden encontrar en sectores más centrales de las ciudades, y además no únicamente la vivienda o habitación como tales se encontraban en condiciones precarias, sino que esta precariedad abarca también servicios como el agua, la luz eléctrica y el transporte en ciertas áreas de la ciudad. Algunas de las formulaciones de esa etapa toman a la marginalidad como un atraso en el desenvolvimiento económico, que se vincula a que en los países subdesarrollados, algunos grupos permanecen al margen de los beneficios materiales alcanzados por la sociedad (Goncalves, 2006)

En tanto en la siguiente década, la discusión se ve acrecentada por nuevas temáticas. En la reorganización de la sociedad civil brasileña, que es el contexto en el que escribe la autora, se produce un cambio de enfoque en la discusión sobre la marginalidad. Por un lado se cuestiona la fijación de la pobreza en espacios determinados, debido a la capacidad y derecho de movilidad espacial de los ciudadanos y el acceso a los servicios públicos. Por otra parte, se defiende también el derecho del ciudadano a permanecer en su lugar identitario, realizando con esto una crítica a la descaracterización de barrios, la expulsión de favelados, propio según la autora, de las políticas urbanas que se hallan marcadas por los intereses del mercado.

Entre estos dos aspectos de las dinámicas urbanas, aparentemente contradictorios, cuyo lugar común está en la defensa de la ciudadanía, estuvieron reflejadas las discusiones de la década de 1980.

En la década de los años 1990, se relegan los discursos sobre la marginalidad para dar paso a nuevos términos como segregación social y especialmente exclusión social. Fue decisiva en esta época la influencia del pensamiento francés para la adopción de este último término, aparece con frecuencia vinculado a los análisis acerca del desglose del Estado de Bienestar Social. Castel se vuelve una referencia en el debate sobre la exclusión social, autor cuyos planteos se reflejarán posteriormente en este trabajo, con la utilización del término desafiliación y las zonas de vulnerabilidad.

Goncalves (2006) introduce una hipótesis sobre la extensa utilización del término exclusión en el contexto de la crisis del Estado Benefactor. El fracaso del mismo en la obtención de la igualdad de acceso a servicios sociales; la admisión de las desigualdades como responsabilidad del propio ciudadano revelan algunos de los elementos recurrentes en los análisis sobre la exclusión.

Así, el concepto de exclusión social marca también una posición política e ideológica contraria a los rumbos de la globalización. Se presenta una imprecisión conceptual del término que nos permite observar la nominación bajo el término excluidos a diferentes categorías como las poblaciones de calle, los desempleados, los pobres, los habitantes de la periferia, los que cuentan con menor grado de educación, etc.

Esto evidencia, que no es apenas el desempleo el que se encuentra bajo el discurso de la exclusión social. Así como la marginalidad adoptó una amplia gama de cuestiones, lo mismo ocurre con la exclusión social, referenciada en diversos aspectos de la vida social y de la economía, abarcando desde las minorías, los desempleados, los pobres, los “sin techo”, los niños de la calle, etc.

Concluye la autora (Goncalves, 2006) que los diversos usos abarcativos y poco precisos de los conceptos de marginalidad, segregación, desigualdad y exclusión durante muchos años, deberían servir como alerta en relación a afirmaciones apresuradas acerca de la complejidad del contexto actual.

Retomando lo planteado en el capítulo sobre adolescencia, la sociedad uruguaya, destacada históricamente en la región por sus bajos niveles de pobreza y por su alto grado de integración social, ha sufrido en las décadas pasadas, en concreto durante los años noventa, profundos cambios que coinciden con el repliegue del Estado (cuyo papel en el combate a la pobreza es insustituible) y su claudicación como garante de derechos.

La duplicación del número de personas pobres en nuestro país tuvo efecto durante la época en un porcentaje mayor al 50% de niños nacidos y socializados en condiciones de pobreza, lo cual no sólo comprometió aspectos básicos como la nutrición sino que también alcanzó altos niveles de exclusión. También, debido a la polarización social y segregación territorial se vio comprometido el acceso al capital simbólico cultural disponible en el conjunto social (Giorgi, 2012)

También se planteó en el capítulo acerca de la adolescencia cómo a partir de inicios del siglo XXI se produjeron cambios en cuanto al papel del Estado como organizador.

Según un artículo publicado por el Instituto Nacional de Estadística (2015), bajó el porcentaje de personas en situación de pobreza alcanzando para el año 2014 un 9,7% de la población. Este dato representa acorde a la información brindada, que este indicador ha bajado durante diez años consecutivos y la pobreza se redujo cuatro veces desde el año 2005.

Pero aún así, siendo que los niveles de pobreza han descendido, en ocasiones queda aún un remanente estructural en cuanto al desarrollo de las personas que han crecido en entornos menos prometedores. Ocurre que, aún superada la pobreza en términos cuantitativos, nos dice el autor (Giorgi, 2012), aquellos niños que en sus primeros años de vida debieron interactuar con un medio pobre en estímulos, de oportunidades de aprendizaje y de acceso a modelos identificatorios, podrían ver limitadas sus posibilidades de desarrollo y aprendizaje.

En correlación a esto, los problemas que presenta en su desarrollo una generación, sin dudas dejarán huella en la próxima generación, a no ser que se busque una forma de contrarrestar los efectos de dichos procesos, para que los hijos no reiteren las problemáticas de sus padres.

Numerosos estudios durante los últimos veinte o más años dejan en claro que en dicho tiempo se han producido cambios a nivel global de suma importancia, que involucran aspectos de diversas esferas de la vida social, cultural y económica. Se espera que la sociedad no permanezca estática y se produzcan cambios. Más precisamente en Latinoamérica los cambios pasan por el creciente deterioro de las condiciones de vida y de trabajo, la agudización de las desigualdades sociales, la inequidad en la distribución de

ingresos, el aumento del desempleo, el crecimiento del sector informal, lo que ha motivado los planes y subsidios implementados a raíz de políticas sociales. Todo esto en su conjunto ha generado efectos directos en jóvenes y sus familias en cuanto a exclusión y vulnerabilidad social. (Cardozo, 2008)

En aquellos sectores de la sociedad cuyo nivel educativo es más bajo y se encuentran los mayores niveles de pobreza son también los contextos en que la posibilidad de consecución de empleo es más compleja y las desigualdades en cuanto al acceso a la educación formal son más grandes. (Cardozo, 2008)

Datos recientes indican que más allá del incremento constatable de la tasa de empleo y actividad de la población, existen aún brechas importantes en cuanto a sexo, edad, y región en relación a la tasa de desempleo. Se da la presencia de un mercado de empleo dinámico en crecimiento hasta el año 2012 (donde se produce un estancamiento moderado del ciclo de expansión de empleo) para los mayores de 25 años. Pero los jóvenes muestran persistentemente un alto nivel de desempleo. Esto puede indicar problemas de calificación y adecuación entre la oferta y la demanda laboral y rigidez del mercado laboral, lo cual no ha podido ser revertido a pesar del ciclo expansivo que se mencionó anteriormente. En definitiva no sólo no se han cerrado las brechas de desempleo entre jóvenes y adultos, sino que se han expandido levemente. (MIDES, 2013)

Hay que hacer entonces, dentro de la propia complejidad que representa en sí la adolescencia, una distinción para con los jóvenes que además, pertenecen a contextos difíciles socio-económicamente, presentando una serie de problemáticas que los distinguen respecto a otros. El entorno familiar, social y ambiental al que pertenecen sumado a factores estresores como la violencia, la falta de vivienda, alimentación precaria o modelos de conducta negativos, puede en algunas oportunidades conducir a una posición de desventaja generándose en ellos un significativo impacto en su bienestar.

¿Por qué es importante hablar de vulnerabilidad? Los procesos de exclusión social, por sí mismos, cuando son explicados desde un paradigma economicista, no son suficientes para dar cuenta de todos los factores que intervienen. La pobreza, por ejemplo, concebida desde un umbral de ingresos o carencia de recursos económicos, no alcanza para caracterizar a un segmento de la población como “pobre”.

En momentos en los que se producía un aumento en cuanto a colectivos en situación de vulnerabilidad esto se debió a factores diversos como los cambios en el proceso de globalización, intensificación en los flujos migratorios, transformación en las estructuras familiares y la pirámide poblacional, etc, haciendo que se desestructure la rigidez del modelo de estratificación social. Es así que al tradicional concepto de pobreza se lo ha ido supliendo por el de exclusión social, con el objetivo de abarcar también y poner relevancia en la dimensión relacional de los mecanismos de exclusión. Sin embargo, aún hoy está presente la dificultad por ver desde una perspectiva integradora la complejidad y la nombrada dimensión relacional de la exclusión social. (Bonet, 2006)

Es preciso hablar acerca de redes en las que el individuo interactúa, de modo de no quedar atrapado tanto por variables macro (renta familiar, situación laboral, nivel de estudios) o micro (trayectoria biográfica, estrategias de supervivencia). (Bonet, 2006)

De acuerdo a la autora, existen dos casuísticas paralelas bajo las cuales podemos caracterizar las situaciones de vulnerabilidad:

Por un lado, aquel sujeto que se encuentra en situación de aislamiento o cuenta con una red social de apoyo débil que no permite entablar vínculos de inserción comunitaria. Por otra parte, está el sujeto que integra una subred, la cual se encuentra marginalizada, por lo cual tampoco dispone de vínculos que permitan su inserción total. La pertenencia a estas subredes cuando de por sí se hallan minorizadas es lo que dificulta el acceso a los recursos disponibles en el espacio comunitario. (Bonet, 2006)

Goncalvez (2004) se plantea cómo concebir a los adolescentes, ¿principalmente vulnerables o fuertes en relación a su entorno? Plantea no dejar de lado ni las vulnerabilidades, ni tampoco las fortalezas, pues dependiendo en qué se haga foco se verán caras distintas de los jóvenes con los que se haya o esté trabajando, y tanto el abordaje como las estrategias y objetivos de intervención se amoldarán al énfasis en el trabajo realizado.

Por tanto, la mirada de los profesionales será la de asumir una actitud de diálogo, rescatando el proceso de autoría social de los propios jóvenes, cuyas opiniones respecto a sus vivencias, intereses y expectativas de sí mismos y de su entorno los convierte en potenciales actores sociales (Goncalvez, 2004)

Para Duschatzky & Corea (2009) la “exclusión” como fenómeno, pone el acento en un “estado”, representa estar por fuera del orden social. Nombrar como estado a la exclusión nos estaría planteando una idea de permanencia en tal sentido. En cambio, la expulsión social, trata del relacionamiento entre la exclusión social y aquello que lo hace posible. Le asigna un carácter móvil, la exclusión como estado, en cambio, resultaría ser meramente un dato, un producto de la imposibilidad de integración.

Si se considera la exclusión ya no como un estado (una determinación) sino como una operatoria (unas condiciones), ponemos de relieve su carácter productivo, y la estrategia de lectura debe modificarse. La expulsión, considerada como una serie de operaciones, nos da la oportunidad de ver un funcionamiento, la producción en la situación del expulsado. La expulsión social, entonces, más que denominar un estado cristalizado por fuera, nombra un modo de constitución de lo social.
(Duschatzky & Corea, 2009; p. 18)

Castel (1997) menciona que antes de la ruptura, el vínculo social pasa por una etapa de enfriamiento que denomina vulnerabilidad. Se traduce en distintos campos, en el trabajo, mediante la precariedad en el empleo; en el orden social, la fragilidad en el soporte familiar. A medida que se controla esta zona de vulnerabilidad, más se alcanza la estabilidad. A medida que crece mayor es el riesgo de estar ante una situación de exclusión.

El autor opta por el término “desafiliación” antes que el de exclusión, lo concibe como un modo de disociación ante el vínculo social. Se refiere a que la exclusión es pensada como un estado y no como proceso, como un estado de privación. Sin embargo, la constatación de carencias no logra descifrar los mecanismos que la generan. El problema pasa por buscar aquello a lo cual se está desafiliado, disociado, habla sobre cotejar la situación actual con la situación de procedencia con el fin de no autonomizar las situaciones extremas sino por el contrario “vincular lo que sucede en las periferias y lo que llega al centro” (Castel, 1997)

Al hablar de exclusión, el problema es que no se trata de un estado que puede llegar a subsanarse en sí mismo, sino que responde a procesos más complejos que operan incluso desde antes de manifestarse el problema puntual con un grupo de individuos en posiciones extremas. La desafiliación pasa a ser la ausencia de estructuras

que producen un sentido y no la ausencia en sí de relación social, no hay nadie por fuera de la sociedad y ésta constituye un todo. (Baráibar, 2000)

Hay muchas formas de concebir la exclusión como lo demuestran los planteos de los diversos autores tales como Castel (1997), Duschatzky & Corea (2009), entre otros. Uno de los puntos de encuentro que manifiestan en sus teorías es en cuanto al carácter dinámico que estos mecanismos poseen. No se está definitivamente excluido de una sociedad sino que se presentan una serie de condiciones que hacen que un conjunto de individuos se presenten como desvíos de la norma. Esta serie de condiciones se va forjando con el tiempo, tiene características que son constatables a nivel de datos cuantificables medidas sobre todo con respecto a carencias pero en el fondo también están las vivencias personales que hacen que el sujeto se encuentre atravesando por dicha situación.

Explican que los indicadores de la expulsión social son fácilmente constatados a través de datos, tales como la falta de trabajo, las estrategias de supervivencia, la violencia, la falta de escolarización, ausencia de resortes de protección social, disolución de vínculos familiares, drogadicción, etc. Lo que hacen estos datos no es más que determinar actos y hechos, pero no enmarcan a los sujetos, sus modos de significación, operaciones de respuesta, relaciones sociales y valoraciones construidas. (Duschatzky & Corea, 2009)

La exclusión se genera por el accionar propio del individuo y de la sociedad, no pasa por hallarse por fuera de la misma sino por la falta de estructuras que permitan desarrollar a pleno las capacidades de las personas en el marco de dicha sociedad.

Nuevamente, las autoras Duschatzky & Corea (2009), distinguen entre actos o datos reveladores de expulsión y por otra parte prácticas de subjetividad, o, en otras palabras, aquellas operaciones que pone al sujeto en la situación de expulsión.

Como quedó reflejado en este capítulo existen múltiples acepciones para el tema de la exclusión social. También se expuso que para algunos de estos términos como Marginalidad y Exclusión Social su uso excesivo comenzó con el tiempo a englobar una gran cantidad de situaciones haciendo que se generalicen los términos y se usen indistintamente.

Sin embargo, la evolución de algunos de estos conceptos complementa en algunos casos a otros y marcan pautas y características que son similares entre sí, y son estas similitudes las que he decidido seleccionar y en las que me baso para referirme en términos generales a la exclusión social a lo largo de este trabajo.

Algunas de estas características que pretendo destacar son: la dimensión relacional y la complejidad del tema que descarta que la exclusión se produzca por factores singulares como la carencia de recursos económicos, el carácter dinámico del mismo que se contrapone a la permanencia en un “estado” de exclusión y que además rechaza el planteo de que al estar excluido el individuo se halla por fuera de la sociedad, la importancia además de los vínculos y de la integración de redes que faciliten o dificulten la inclusión, entre otras cosas.

Dicho esto no hay que desconocer la incidencia de factores específicos como la pobreza (a nivel socio-económico), que acorde a los índices estadísticos marcó por ejemplo en nuestro país la duplicación de personas pobres hace un par de décadas, o las variantes en el mundo laboral ni tampoco los cambios en las estructuras sociales o familiares, pero siempre considerando el punto de vista relacional en el impacto de estos indicadores.

El papel de las Instituciones como anclaje social.

Las personas a medida que crecen se relacionan con una serie de instituciones que van regulando su desarrollo con el pasaje de los años. El tránsito por estas instituciones facilitará u obstaculizará la expresión de las potencialidades del individuo y el logro de su autonomía al alcanzar la madurez. Es que lugares de socialización como lo son la familia, la escuela y el trabajo pautan en buena medida la vida del sujeto y en ello radica su importancia.

Una vez reconocida la relevancia que todos estos escenarios poseen en el transcurso de la vida voy a dedicar un tramo del trabajo a cada uno en particular para posteriormente si dedicarle un apartado especial al sistema educativo en Uruguay como lugar de análisis a la adolescencia y también al concepto de exclusión.

Si tomamos el caso de las figuras parentales o docentes, éstos no configuran en muchos casos fuentes completas de sostenimiento. Tanto el grupo familiar como el educativo operaron por mucho tiempo como soporte para el desarrollo de los jóvenes. En

todos los niveles de este desarrollo se hacen necesarios estos soportes, pero el actual contexto no parece favorecer la incorporación de jóvenes y adolescentes en el contexto educativo, tampoco en el laboral como vimos en el capítulo sobre exclusión. En tiempos actuales el proceso de globalización genera riesgos demandando así una nueva racionalidad que pueda articular lo existente con aquello que pueda persistir tradicionalmente. Las viejas formas de educar ya no satisfacen las necesidades de las generaciones nuevas. Las instituciones educativas sufren un desgranamiento entre los que ingresan y los que efectivamente se gradúan, revelando la importancia de trabajar por una mayor inclusión tanto educativa como social. (Crabay, 2008)

A medida que aumentan los mecanismos de exclusión aumenta también el sentido de carencia como falta de competencia personal, lo cual muchas veces se traduce en el deterioro de las tramas relacionales, personales, familiares y sociales. Esto explica una autopercepción de impotencia en la persona que se ve a sí misma excluida o incapaz de satisfacer sus necesidades y deseos, propios y de aquellos a su alrededor.

Como organizador simbólico de la realidad, la educación y el trabajo estructuran el tiempo ocupado y el tiempo libre, organizando de paso la vida de las personas y de los grupos, complementando los procesos de socialización. Esto revela la necesidad por el establecimiento de un orden propio que rijan el accionar de las personas y el reconocimiento de un sentido de aceptación y pertenencia a un lugar. (Crabay, 2008)

Existen contextos en que la fragmentación y jerarquización de los sistemas escolares alcanza una magnitud tal que resulta ya difícil pensar en términos tradicionales como en un sistema homogéneo, el cual tendería a cumplir las mismas funciones y objetivos. La desigualdad existente en la escolarización de nivel medio determinará fuertemente la probabilidad de acceso y terminación de estudios incluso en el nivel universitario. (Zaldúa et al., 2008)

Las instituciones como la escuela, han tenido un rol importante siempre en la socialización de las personas, instituciones como ésta, la familia y el trabajo además de jugar un papel importante históricamente han sabido funcionar como anclaje social. Pero ocurre que actualmente atraviesan un proceso de destitución que las inhibe en el cumplimiento de esta función, ya no cumplen el mismo papel que antes. (Duschatzky & Corea, 2009)

Si empezamos por la familia ésta siempre se consideró como la célula básica de la sociedad, un lugar de protección y de cuidado, lugar en donde se forjan los primeros valores, pero estas connotaciones han comenzado a quedar en desuso.

La familia constituyó por mucho tiempo el punto de equilibrio para el nuevo individuo, depositándolo en un espacio de sostén social. Le adjudica un lugar en la historia, puesto que lo inserta dentro de una genealogía, la cual brinda sostén y referencia a sus miembros. En las sociedades occidentales, la familia constituye la matriz reguladora. (Duschatzky & Corea, 2009)

En su constitución interna, la familia estuvo basada en un orden jerárquico específico, inscripto en lógicas sociales de carácter general. Se dice que posee una organización paterno-filial, relacionado con un orden social específico, el de la sociedad burguesa. Se le confiere en este sentido a la familia el deber de construir la matriz subjetiva para los futuros ciudadanos.

Particularmente, son una serie de problemáticas las que incentivan el desequilibrio del modelo paterno-filial. Situaciones tales como la pérdida de la condición salarial, la incertidumbre con respecto al futuro, la disolución del trabajo como pilar de estructuración social, la pérdida de las protecciones sociales y el borramiento de las fronteras generacionales, entre otras cosas. (Duschatzky & Corea, 2009)

Los cambios a nivel social se reflejan en el entorno familiar, en todas las líneas, en el aspecto económico, laboral, de salud. No podría ser de otra manera, teniendo en cuenta lo dicho anteriormente, que la familia constituyó históricamente el núcleo de la sociedad.

Aparecen luego nuevas formas de vinculación familiar y se empiezan a constituir otros tipos de familia. Alejadas del modelo de autoridad simbólica tradicional aparecen nuevos modos de relación que lo que hacen es romper la estructura paterno-filial. Aparecen entonces nuevos tipos de familia: familias ensambladas, monoparentales, ampliadas, pero que aún cuentan con la matriz de ciertas figuras de autoridad dentro del núcleo. Ante estos nuevos modos de vinculación se hace necesario repensar la categoría familia puesto que se ve puesta en juego la eficacia de las figuras portadoras de la autoridad simbólica.

Con la concepción de la familia ocurre lo mismo que con la idea de la adolescencia, y es que existe un imaginario colectivo de cómo debe estar constituida y cómo debe comportarse basado en la experiencia histórica de conformación de la misma. Se construyen pautas que configuran patrones “normales” de conducta y aquello que se desvía de la norma es visto como un problema, pero abarcar la diversidad de variables en que puede constituirse una familia, o la variedad de actitudes en que puede incurrir un adolescente no es una tarea sencilla.

La presencia de nuevos vínculos familiares constituyen modalidades que se construyen en relación, en otras palabras no existe una configuración familiar única y constante. Entonces, al caer el patrón referencial en la estructura familiar aparece la familia como un significativo vacío, un lugar que no tiene referencia estable de significación. (Duschatzky & Corea, 2009)

Surgen en la familia condiciones de desubjetivación dada la visible indiferenciación de los tradicionales lugares de padre, madre e hijo y la consecuente disolución de las posiciones de protección y autoridad desde padres a hijos. El término desubjetivación se manifiesta en la imposibilidad de gestionar lugares de enunciación desde los cuales habitar tales transformaciones. Tanto la maternidad como la paternidad aparecen ahora como entes desinvertidos del sentido heredero de la tradición cultural. Padre, madre e hijo ya no se perfilan como significantes de una relación intergeneracional basada en el principio de autoridad, sino que sus lugares se hallan destituidos simbólicamente. Destitución simbólica en cuanto a las figuras burguesas de la familia. Esto hace a la dificultad para construir condiciones de enunciación para habitar e invertir la experiencia de la paternidad y de la maternidad. (Duschatzky & Corea, 2009)

Por otro lado, la familia aparece también como lugar de refugio y de preservación. En este contexto la familia ya no propicia la salida al mundo sino que trata de preservar al joven de los peligros de éste. Se busca dilatar la salida de los hijos del entorno familiar en busca de protegerlos. Explican las autoras que esto se produce ante la sensación de peligro expresada por los padres a partir de la visión de la calle como un ambiente peligroso. (Duschatzky & Corea, 2009)

La pérdida de la autoridad mencionada también está pautada por una marca en la identidad provocada por la desocupación, ya no aparece como un estado temporario, y el sentimiento de vergüenza e imposibilidad que conlleva esta situación se refleja en un

despojo de la valía de los padres ante los hijos. Entonces, cuando las referencias encargadas del sustento en el devenir de la existencia del sujeto se tornan frágiles esto lo obliga a adelantar su independencia, lo cual genera la falta de red simbólica que provea significaciones productoras de confianza. (Duschatzky & Corea, 2009)

Algo similar ocurre con la escuela, puesto que se produce una caída del dispositivo pedagógico moderno. La escuela atraviesa por una destitución simbólica. No necesariamente se da esto por el hecho de que la escuela enseñe mal, o no se encuentre a la altura de las demandas competitivas o que hace asistencialismo en lugar de pedagogía. Más bien se está ante una pérdida de credibilidad en cuanto a sus posibilidades de fundar subjetividad.

Los propios docentes de hoy hablan de una impotencia enunciativa acerca de la desobjetivación de la tarea de enseñar. Esto refiere a los dispositivos empleados, en mayor medida que a la propia capacitación docente. No es una impotencia de los propios maestros sino de lo que alguna vez fue instituido. Los maestros son síntoma de la pérdida de autoridad simbólica que los excede. Es común también arraigar la problemática en el comportamiento de los adolescentes para dar cuenta del desajuste en los procesos de educación, tanto como buscar la explicación en la falta de actualización del sistema educativo para albergar a los nuevos jóvenes.

Esto nos lleva a la pregunta de dónde radica la diferencia entre los jóvenes de antes (que se ajustaban a las normas) y los de ahora (que no lo hacen) en el contexto de la educación. Esta construcción es producto de las condiciones de enunciación actuales a partir de las cuales se deducen conclusiones como que los jóvenes de antes se dejaban educar, instituir y moldear por la escuela, mientras que los de ahora no.

Son condiciones básicas de la producción de un joven la relación asimétrica con el adulto y la noción de futuro como conquista de la adultez. Tanto la familia como la escuela han tenido una función decisiva en la producción de tales condiciones. Sin embargo, las formas de enunciación del niño y adolescente “modernos”, que fueron hechas posibles gracias a una subjetividad instituida por la familia burguesa y la escuela estatal, se encuentran hoy suspendidas.

Por lo tanto si niños y jóvenes no son ya lo que eran, desde la perspectiva de la subjetividad, no es ni por mala conducta ni intención de éstos sino porque las condiciones

institucionales que hicieron posibles tales tipos subjetivos han perdido su eficacia hoy (Duschatzky & Corea, 2009) El verdadero enemigo de la educación pasa entonces por la idea de lo definitivo, la determinación, la impotencia, la irreversibilidad.

La escuela que se configura bajo la hegemonía del Estado-nación se encuentra destituida simbólicamente. Luego, está aquella que gira en torno al mercado, apunta a la innovación constante sumergiendo a la búsqueda permanente de actualización, sobre todo por parte del docente. En tercera instancia, la escuela pensada “en cada situación” lo que hace es intentar movilizar una posición de invención, de creación singular, entendida como producción de formas nuevas de habilitar el tiempo vivido. Esto es hacer de la experiencia educativa un acontecimiento. En tal modo de concebir la temporalidad no hay disciplinamiento, ni se fabrican sujetos homogéneos, más bien hay transmisión. Transmisión que ofrece un espacio de libertad, supone poner a disposición de los sujetos textos y lenguajes que los habiliten para hacer algo más que mera repetición. (Duschatzky & Corea, 2009)

El horizonte de posibilidad no está en producir un sujeto a imagen y semejanza de algún ideal, ni que solamente sea capaz de gestionar las experiencias de un mundo fragmentado, sino en la creación de condiciones para la habilitación de un porvenir, de un nuevo tiempo. (Duschatzky & Corea, 2009)

La presencia, el límite, el acompañamiento y la transmisión de valores son rasgos de la enunciación paterna y materna actual. Esta nueva autoridad simbólica queda instalada por fuera o al borde de un campo social sin principios contundentes de jerarquía. Al hallarse debilitadas las referencias que sostienen a un sujeto en el devenir de su existencia, la vida se torna un “hacerse a sí mismo”. Se produce la caída de una ficción estructuradora de la experiencia, que no es experimentada como liberadora al no haber una red simbólica que ejerza de sostén y que provea significaciones productoras de confianza. (Duschatzky & Corea, 2009)

En el entorno familiar, una de las condiciones de desubjetivación es la indiferenciación de los tradicionales lugares de padre, madre e hijo, y en consecuencia, la disolución de las posiciones tanto de protección como de autoridad de los adultos hacia los hijos. La desubjetivación en este marco de disolución consiste en la imposibilidad de que se gestionen lugares de enunciación a partir de los cuales poder habitar esas transformaciones.

A partir de un período largo de institucionalización, se produce la alteración de los lugares simbólicos de autoridad, lo cual produce algo más que un simple cambio en la configuración familiar. Emergen nuevas relaciones que ponen de relieve la indiferenciación de lugares y la pérdida de referencia en la cual anclar. Entonces, la oportunidad de un proceso subjetivante ante la ausencia de referentes y de anclajes surge del sistema de referencias que pueda construirse en cada oportunidad. (Duschatzky & Corea, 2009)

Como comentario final es oportuno destacar que las condiciones que hicieron perdurar las formas de vivenciar la familia, la educación y el trabajo ya no son válidas para el mundo actual, por esa razón las autoras hablan de desubjetivación, lo que nos lleva al desanclaje de las instituciones, por la imposibilidad de reflejarse bajo los viejos esquemas de relacionamiento y posición de roles que configuraban estos espacios y por la dificultad también de encontrar nuevas formas de enunciación para las nuevas dinámicas que se van generando.

Con esto me refiero a que más allá de que puedan generarse nuevos espacios en que los sujetos puedan adaptarse, por ejemplo los nuevos esquemas familiares, formas de educar o modalidades de trabajo la dificultad radica en la capacidad de enunciar estos espacios, de proveerlos de una significación coherente, dejando una sensación de fragilidad al momento de habitar estos lugares. Además, surge el problema de que estas significaciones permanecen estáticas pero las personas no, como en este caso ocurre con los adolescentes.

La institución educativa en Uruguay.

No se puede desconocer la importancia de la educación como productor de subjetividad y formador de la identidad en los jóvenes. Uno de los cambios que es visto como problemático a la hora de pensar en educación es el pasaje del ciclo primario al secundario puesto que es en este último donde comienzan a manifestarse (según estudios y estadísticas) la mayor dificultad no tanto en la matrícula sino en la permanencia en este ciclo del proceso escolar.

El análisis de los procesos de inclusión-exclusión dentro de la institución educativa sirve como correlato al tema que viene siendo fuente de indagación en este trabajo, puesto que involucra a la adolescencia y se ven en juego muchos de los componentes

que influyen para el análisis de la exclusión social en un contexto puntual. Además, la educación es un tema que en nuestro país se discute en forma permanente a nivel gubernamental, institucional, en los medios de comunicación y en la sociedad en general.

El tema de la educación ha adquirido cada vez más relevancia en la discusión pública. Junto a la seguridad pública, las drogas y la violencia doméstica, la educación es uno de los temas que más preocupa a los uruguayos de acuerdo a una encuesta realizada por el Instituto Factum (2012) Este último tema fue recurrente durante la última elección nacional en el debate político, además, una de las promesas de campaña del actual gobierno ha sido asignar el 6% del PBI al sistema educativo de gestión pública. (Patiño, 2015)

En nuestro país en materia educativa, según un estudio reciente, se plantean los principales retos a superar entre los cuales encontramos: aspectos relacionados con la actual estructura curricular, las prácticas de evaluación en las aulas, el vínculo entre instituciones educativas y los adolescentes, las condiciones del ejercicio de la profesión docente, la gestión en educación secundaria, y la inversión en educación. (INEEd, 2014)

El sistema educativo uruguayo a pesar de los esfuerzos realizados en los últimos quince o veinte años por parte de las sucesivas administraciones de gobierno no ha logrado aún universalizar la educación media. Es que por un lado se ha expandido en forma notable el acceso a su tramo básico, reflejado en el aumento de la matrícula registrada en el tiempo, por otra parte, bajan los niveles de egreso, reflejando una elevada desafiliación en el sistema educativo, lo cual indica una limitada capacidad para retener a los adolescentes y lograr que avancen en su trayectoria educativa (Aristimuño & De Armas, 2012)

Cabe destacar que en nuestro país los índices de culminación de estudios a nivel secundario indican una mayor desigualdad entre grupos sociales en comparación al nivel primario. A causa de los niveles altos de extra-edad o de desvinculación las trayectorias educativas de los jóvenes no logran ser las deseadas. Existe un claro desfasaje entre la oferta educativa y los logros en el aprendizaje. El mayor desafío actualmente pasa por garantizar la permanencia en el sistema educativo y responder a las necesidades básicas de aprendizaje de los estudiantes. (Viera & Zeballos, 2009)

Un reporte hecho por MIDES (2013) indica que para primaria se muestra una asistencia casi universal, ubicándose estimadamente en un 95% de la población en edad escolar (de 6 a 11 años). En tanto que la repetición en las escuelas de distinto nivel de contexto sociocultural ha decrecido en todos los niveles, a pesar de que es mayor cuanto más desfavorable es el contexto. En 2012, según el estudio, la repetición fue de 9,1% globalmente en escuelas de contexto más desfavorable y de 3% en las de contexto más favorable.

Por su parte en secundaria, la universalización de este ciclo es desde hace décadas uno de los objetivos principales en materia educativa en Uruguay. Indican que la demanda en la matrícula para este período ha visto un aumento por la demanda de formación técnico-profesional a partir de 2007. En total, en adolescentes de 12 a 14 años, la asistencia a la educación media básica se estima en un 74,6%. También vemos que la asistencia a ciclo básico se aproxima al 90% en adolescentes que pertenecen a hogares con mayores ingresos. Por otro lado, en los adolescentes que pertenecen al 20% más pobre de la totalidad de los hogares la asistencia decrece hasta el 65% del total. (MIDES, 2013)

Concluyen en tal estudio lo destacado anteriormente, que a pesar del aumento en la matrícula resulta alarmante la situación de permanencia, promoción y culminación en secundaria. (MIDES, 2013)

Ya sea por razones culturales, sociales, económicas, de discapacidad o de otra índole, una propuesta en nuestro país que trate acerca de la inclusión educativa debe abarcar y apoyar a aquella parte del estudiantado que presenta mayor vulnerabilidad. Esto nos indica que no alcanza con brindar una educación que sea "igual" a todos sino que hay sectores de la población que por hallarse en situaciones complejas se encuentran de por sí en desventaja para el acceso a una educación saludable y requieren de ayuda y un incentivo extra para lograr la permanencia en el ámbito educativo. (Viera & Zeballos, 2009)

La inclusión educativa no viene siendo otra cosa que la inclusión social en el contexto de la educación, tanto dentro como fuera del salón de clases. Las prácticas pedagógicas se ven condicionadas por la perspectiva de inclusión social en cuanto a que impacta en la construcción representacional que tienen los actores institucionales. Las condiciones en las cuales estudiantes, familias y docentes establecen un contrato

relacional y las fronteras múltiples entre ellos, hacen habilitar o inhabilitar la inclusión social en el ámbito educativo y a su vez hacen a las condiciones de educabilidad. (Viera & Zeballos, 2009)

Hay que destacar que las problemáticas educativas y de aprendizaje no son esquivas al contexto y condiciones sociales del aprendiz, y las que impone a su vez el propio sistema de enseñanza. El discurso tanto educativo como de las políticas públicas tendientes a garantizar la equidad en la educación han ido variando a lo largo del tiempo según entre otras cosas, la corriente ideológica de cada época. Se ha ido modificando el acento en cuanto a la inclusión social y educativa de variadas maneras, garantizando el acceso universal a la educación primaria, el desarrollo de una psicopedagogía para atender problemas de aprendizaje, cuestionar la calidad de la educación, así como también los procesos de exclusión que ocurren dentro del sistema educativo formal. (Viera & Zeballos, 2009)

Los procesos de inclusión-exclusión pueden configurarse de diversas maneras en torno al sujeto. La permanencia o no dentro de un sector social, dentro de una institución (educativa por ejemplo), a un grupo de pares y no a otros, son algunos de los casos en que se reflejan estos procesos. Incluso, esta matriz de configuraciones puede ser tan compleja como la propia relación individuo-sociedad. De ese modo, la exclusión puede adoptar la figura que Castel (1997) denomina “desafiliación social”. Él utiliza este concepto como forma de dar cuenta del efecto de desanclaje producido por la pérdida del trabajo asalariado y la alternancia entre circuitos precarizados de trabajo con períodos de desocupación. Para el entorno educativo también es aplicable esta noción, aunque con algunas modificaciones, puesto que la desafiliación implica la expulsión del individuo de un entramado institucional que contiene y regula su existencia. Puede ocurrir que, en momentos, los sujetos se sienten incluidos en la escuela, y en otros, estén fuera también a causa del contexto actual de desorganización tanto social como personal por el que atraviesan muchos adolescentes (al igual que otros sujetos sociales). Las percepciones de exclusión son una constante que caracteriza las prácticas sociales, es decir, los sujetos que se perciben como excluidos buscarán desarrollar estrategias de permanencia en un intento por alcanzar la inclusión. (Eguillor, 2008)

Es necesario replantear la pregunta acerca de cuál es la contribución de la educación a la equidad social por otra más compleja. ¿Cuánta equidad social es necesaria para que haya una educación exitosa? Por ello es necesario primeramente

tener en claro que lograr una mayor equidad social a través de la educación no sólo depende de cambios en la oferta pedagógica.

Por equidad en este contexto de la educación, la autora entiende que:

Esta esfera se relaciona con las oportunidades de las personas para acceder a una educación de calidad que asegure igualdad en los resultados y que incida, en el largo plazo, en sus posibilidades de movilidad social, su nivel de ingresos y el pleno ejercicio de sus derechos ciudadanos. (Eguillor, 2008; p.83)

Todo esto quiere decir que, cambiar el sistema escolar no bastaría para erradicar los problemas de acceso ni la satisfacción de las necesidades de la parte de la población cuyas oportunidades parecen más limitadas y que presentan mayor riesgo de deserción. La etapa de tránsito por la escuela secundaria ha constituido un papel de preponderancia social en la constitución de la identidad de los adolescentes, por lo que la escuela debe entonces ser analizada en la trama social de las configuraciones identitarias. No es preciso considerar a “la escuela” como una institución homogénea, generalizable. (Eguillor, 2008)

La presencia de la escuela en la promoción de conductas saludables en adolescentes ocupa un papel importante dado que la ausencia de ésta suele incrementar en cierta medida las conductas de riesgo de los jóvenes que no están contenidos por esta institución social. “Esa presencia aparece ante cada comunidad como una imagen que se configura en determinadas condiciones sociohistóricas de producción atravesada por rupturas y continuidades produciéndose fragmentos”. (Eguillor, 2008; p. 85). Al recurrir en este ideario colectivo empiezan a reconocerse circuitos escolares los cuales tienen una valoración distinta, denotando la presencia de escuelas de “mejor calidad” y otras de “menor calidad” que en definitiva harían que los alumnos cuenten con mejores o peores condiciones de bienestar. La valoración social de la escuela constituye una construcción parcial y situacional. Esa valoración constituye determinados circuitos, no sólo se deriva de la condición socio-económica de los sujetos, cobran sentido también a partir de los materiales significantes que tienen a su disposición como cultura familiar, barrio, grupo de amigos, la escuela, los consumos culturales, etc. (Eguillor, 2008)

La segmentación y la desigualdad se hallan presentes no sólo entre grupos sociales, también se encuentran en el interior de los mismos, afectan la representación que tiene cada uno de sí mismo haciendo que determinadas experiencias se perciban más como carencias personales que como un fenómeno estructural. (Eguillor, 2008)

Las tendencias presentes en las conductas de riesgo se distinguen claramente entre adolescentes quienes han abandonado la escuela con respecto a aquellos que han permanecido en el sistema educativo. De esto se desprende que la deserción se traduce en exclusión. No obstante, aún hallándose dentro del sistema educativo formal, los adolescentes deben desarrollar estrategias de permanencia.

Es necesario que tanto docentes como alumnos reconozcan modos saludables de vivir que se van encontrando afectados y puedan así reflexionar acerca de las decisiones que a diario toman con su cuerpo y en relación con “los otros” para de ese modo efectivizar acciones conjuntas entre educación y salud que sean más efectivas. Mediante acciones conjuntas, surge una mirada crítica sobre el sistema educativo del que forman parte, pero sabiendo también de lo lento que son algunos procesos culturales, siendo un giro en las relaciones con “los otros”, tanto sujetos como instituciones. (Eguillor, 2008)

En materia de políticas educativas (o de otra índole) es posible el logro de determinados fines a través de una sinergia positiva entre las instituciones, que incluso partiendo de objetivos generales distintos, logran encontrar intereses compartidos que habilitan la generación de objetivos en común. Cuando se trata de establecimientos educativos y población juvenil se crean e implementan programas y proyectos tanto desde la órbita pública como privada. (ANEP, 2015)

En relación a lo dicho podemos ver una red de iniciativas por parte de los diferentes subsistemas de la Administración Nacional de Educación Pública (ANEP). Para el año 2015 se desarrollan e implementan trece programas y proyectos desde el Consejo Directivo Central (CODICEN), cinco programas y proyectos dependientes del Consejo de Educación Inicial y Primaria (CEIP), diez ejecutados por el Consejo de Educación Secundaria (CES), cuatro por parte del Consejo de Educación Técnico Profesional (CETP) y nueve programas y proyectos del Consejo de Formación en Educación (CFE). (ANEP, 2015)

Para destacar cómo funcionan algunos de estos programas y sus características principales, tomaré algunos ejemplos cuya elección será teniendo en cuenta la población a la que apunta este trabajo, que es la adolescencia. Explicaré en forma resumida dos programas ubicados dentro del organigrama de ANEP (“Aulas Comunitarias” y “Compromiso Educativo”) y un tercero que surge de parte del Ministerio de Desarrollo Social (MIDES) en conjunto con otras instituciones y que se denomina “Jóvenes en Red”

Aulas Comunitarias se ejecuta por parte del CES. Está destinado a adolescentes entre los 13 y los 17 años, quienes habiéndose inscripto anteriormente en educación Media Básica no haya logrado superar el primer año, pero que muestran la voluntad de seguir estudiando por lo que se le brinda una oportunidad de regresar al sistema educativo. Se implementa en un espacio denominado Aula Comunitaria, se articula la labor de profesores de educación secundaria así como de equipos técnicos de dichas organizaciones con la finalidad de ofrecer a los jóvenes un servicio educativo acorde a sus necesidades y características. Las aulas comunitarias, trabajan en complemento con centros educativos del territorio de referencia, articulando estrategias de acompañamiento a los adolescentes, en conjunto con las familias, y prepara la re-vinculación hacia el próximo tramo de su trayectoria educativa (ANEP, 2015)

Compromiso Educativo aparece como una propuesta interinstitucional desde la coordinación de ANEP y la representación del Consejo Directivo Central (CODICEN), los consejos de Formación en Educación (CFE) y de Educación Técnico Profesional (CETP), el Instituto del Niño y el Adolescente del Uruguay (INAU), el Ministerio de Educación y Cultura (MEC), el Ministerio de Desarrollo Social (MIDES) desde el área socioeducativa, el Instituto Nacional de la Juventud (INJU) y UdelaR a través del programa de Respaldo al Aprendizaje (PROGRESA). (Compromiso Educativo, 2014)

Este programa tiene por objetivo apoyar a adolescentes y jóvenes para que estos permanezcan y puedan potenciar sus trayectorias en el sistema educativo público y puedan así completar la Educación Media Superior. Se basa en tres componentes: espacios de referencia entre pares, acuerdo educativo (entre estudiantes, familias y centro educativo) y becas de estudio. (Compromiso Educativo, 2014)

Por su parte Jóvenes en Red es un programa interinstitucional en el que participan el MIDES (como coordinador), el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, el Ministerio de Educación y Cultura, el Ministerio de Defensa Nacional, el Ministerio de Turismo y

Deporte, el Consejo de Educación Técnico Profesional - UTU, el Consejo de Educación Secundaria y el Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay. (MIDES, 2015)

Este programa promueve el ejercicio de derechos en adolescentes y jóvenes de entre 14 y 24 años, quienes se encuentran desvinculados del sistema educativo y del mercado formal de empleo a partir de un abordaje integral, territorial y en comunidad. Entre sus principales objetivos están el fortalecer las condiciones personales y sociales de los jóvenes en el desarrollo de sus proyectos personales, el mejoramiento de las condiciones personales para acceder e integrar la red de asistencia básica, promover la integración de conocimientos básicos y de habilidades sociales de parte de los participantes como base para el desarrollo de trayectorias educativas, entre otros. (MIDES, 2015)

La incapacidad de afrontar los retos de la situación actual hace que la educación en nuestro país enfrente hoy una serie de problemáticas, ya había planteado esta situación en el anterior capítulo hablando acerca de la desubjetivación de la tarea de enseñar, y la destitución simbólica de la escuela.

Esta serie de programas, entre otros tantos que existen, funcionan como alternativa al problema de la deserción estudiantil, constituyen iniciativas por parte del Estado y de diversas organizaciones como las mencionadas anteriormente, que mediante el trabajo interinstitucional brindan herramientas para el trabajo con los jóvenes teniendo en cuenta cuales son las necesidades de estos.

Entre los nuevos componentes de análisis que se agregan en el presente capítulo se encuentran los niveles de deserción que presenta la educación media, corroborado mediante los datos estadísticos, con respecto a la educación primaria. Además de los niveles de deserción, también se indica una tendencia que revela que cuanto más desfavorable es el contexto social mayor es el nivel de deserción, lo cual nos indica una correlación entre la exclusión desde el punto de vista educativo y social.

Uno de los objetivos que deben ser planteados de cara al futuro es, como plantean Viera & Zeballos (2009) generar las condiciones que permitan la inclusión de los estudiantes que presentan más posibilidades de abandono y que cuentan con mayores inconvenientes, lo cual implica cambios más complejos que la modificación del sistema escolar.

Comunidad, adolescencia y participación.

En base a todo lo visto anteriormente es que podemos decir que la adolescencia es una etapa única en el desarrollo, la cual puede ser vivida de diversas maneras y en diferentes contextos, pautada además por ser la transición hacia la adultez. Teniendo en cuenta la complejidad que abarca esta etapa y que ya fue descrita con anterioridad, se hace necesario en todo momento contar con redes de apoyo para poder desarrollar las potencialidades que se pueden expresar a esta edad. Considero fundamental contar con un abordaje profesional que haga foco en la prevención y en las potencialidades que el adolescente puede desplegar más que en las carencias o problemáticas del mismo.

Desde la Psicología Comunitaria se produce un espacio en donde se le da lugar a la participación del adolescente, quien al ser miembro de la comunidad se convierte en un agente activo de la misma, siendo capaz de ejercer cambios transformando el medio en que vive. (Montero, 2004)

Acorde a esto destaco la relación entre algunos puntos claves a tratar en este capítulo: por un lado la importancia de la participación del adolescente en la comunidad de la mano con el sentido de pertenencia a la misma. Por otro la relevancia del sustento por parte de los adultos y las instituciones, no desde una perspectiva autoritaria sino como acompañamiento en el desarrollo de las potencialidades que conducen a la progresiva adquisición de la autonomía por parte de los adolescentes, promovida mediante la propia posibilidad de participación.

Teniendo en cuenta esta breve introducción partamos desde la siguiente pregunta: ¿Cómo hacen los adultos responsables para favorecer el desarrollo de los adolescentes? Proporcionando modelos sociales positivos y solidarios, incentivando la colaboración entre la familia y la escuela, construyendo desde el sentido de pertenencia, con adultos que se hallan atentos a las necesidades de los adolescentes en cuanto a apoyo, sustento, diálogo y discusión ante las alternativas del día a día. Esto es hacer interactuar armoniosamente las redes de contención y apoyo con las que debieran contar los jóvenes de manera que el proceso de desarrollo sea atravesado con menos dificultades (Barrón, 2008) También hay que preguntarse cuáles son las necesidades de los adolescentes en un tiempo y lugar determinados, y construir desde ese lugar intentando crear un ambiente saludable para dicho desarrollo, valorando la opinión de los mismos en lo que consideran relevante.

En términos generales se apunta desde la Psicología Comunitaria a fortalecer el rol activo de la comunidad, desde su participación (en este caso de los adolescentes). Su centro es el desarrollo de comunidades autogestoras en cuanto a la solución de sus problemas, como facilitador y fortalecedor de los procesos psicosociales orientándose hacia la intervención crítica para la transformación social, siendo así el cambio social objeto de esta rama de la psicología. Cambio social que es trabajado por, desde y para la comunidad en la que se está actuando. (Montero, 2004)

¿Por qué en este sentido es importante que nos detengamos en la participación? Se debe a que las personas que muestran una participación social activa tienden a mostrar un desarrollo positivo en atributos tales como competencia, la madurez emocional, autoconfianza, persistencia, empatía y coraje. También, ofrece la oportunidad de contribuir mediante acciones al bienestar de los demás, facilitando la formación de una identidad moral y social (Silva & Martínez, 2007)

Poniendo énfasis en la participación colectiva es que cobra relevancia el modo en que se adquiere un determinado sentido de pertenencia e inclusión por parte de los individuos. La ciudadanía entonces, se genera en la inclusión y en la integración social. Por lo tanto, el involucramiento juvenil en proyectos participativos, produce efectos positivos en su formación como ciudadanos, adquisición de valores, comportamientos saludables y protección de los circuitos de riesgos. Darle participación al joven es asignarle un rol en la mejora de su calidad de vida. (Cardozo, 2008)

La participación juvenil no sólo es entendida en relación a un empoderamiento respecto a los adultos, sino que se construyen formas propias de empoderamiento y que se dan en distintas maneras de expresión, de transformación y de participación de este grupo etéreo. Si los propios adolescentes expresan y demuestran su deseo de transformar la realidad ya se está a medio camino de concretar un cambio positivo a favor de la inclusión de los mismos. La participación juvenil en diversos proyectos a modo de síntesis, se vuelve una herramienta valiosa como respuesta superadora en cuanto a las situaciones de exclusión en que se hallan insertos los jóvenes de la comunidad. (Cardozo, 2008)

Disciplinas como la Psicología Comunitaria han sabido reflexionar sobre experiencias con adolescentes basadas en un enfoque participativo apuntando al desarrollo de la actoría social por parte de los jóvenes. (Goncalvez, 2004) Es así que la

Psicología Comunitaria, desde la acumulación teórica y técnica, constituye un aporte a los procesos de cambio de las relaciones cotidianas en ámbitos familiares, como forma posible de colaboración con el Estado en el modo de llegar hasta la gente, generando efectos transformadores profundos o duraderos.

Los proyectos de trabajo con adolescentes se deben enmarcar desde una perspectiva contextual, la cual más que disminuir los factores de riesgo se proponga potenciar los factores protectores presentes en los jóvenes. Es así que el enfoque que presenta la Psicología Social Comunitaria, si bien no es específica del trabajo con adolescentes, sí logra adecuarse de manera coherente a la concepción de adolescencia (la cual fue manejada anteriormente en este trabajo). Ofrece un marco alternativo mediante el cual desarrollar proyectos de participación juvenil. (Goncalvez, 2004)

La corriente Latinoamericana de la Psicología Comunitaria sostiene que tal fortalecimiento, el cual es producto de la posibilidad de participación, surge a partir de un proceso de reflexión, conciencia y acción por parte de las personas pertenecientes a los colectivos. En la niñez y adolescencia, estos procesos requieren de condiciones especiales. La autonomía deberá respetar la progresividad en que la adquisición de facultades y capacidades se amolda al proceso de desarrollo, y por otra parte, el hecho de habilitar la participación infantil y adolescente y el crecimiento en los niveles de autonomía alcanzados no quitan responsabilidad por parte de los adultos, las instituciones y el Estado en asegurar la protección de la niñez y cumplimiento de sus derechos (Giorgi, 2012)

Sostener un proceso de participación protagónica de los jóvenes que perdure en el tiempo representa un constante desafío, pudiendo presentarse un involucramiento asimétrico en los mismos y dificultades en la continuidad, entre otros problemas. Es decir que no alcanza solamente con el protagonismo juvenil, resulta imprescindible el compromiso y el apoyo institucional en el logro de objetivos y metas. (Cardozo, 2008)

En contextos de alta vulnerabilidad social (como también en otros contextos) entran en juego las identidades personales y colectivas de los jóvenes, en relación con sus proyectos vitales. Se promueve en el marco de la Psicología Comunitaria el propósito de crear espacios de subjetivación, así como de afianzar los lazos sociales. Se hace necesario desplegar recursos para poder apreciar el entorno social simbólico y los mecanismos de reproducción de la exclusión social. (Zaldúa et al., 2008) Los enfoques

tradicionales ante las problemáticas de pobreza e indigencia hacen a los jóvenes quedar capturados en la pasividad y ajenidad ante las mismas. Botinelli, et al. (2011) hablan de la adolescencia como un “inmenso campo transicional de ensayo” o un “laboratorio de experiencias” en donde pueden desplegarse múltiples papeles, situaciones y realidades.

Resulta imprescindible potenciar aquellos espacios que utilizan los jóvenes para participar; la escuela por ejemplo puede jugar un rol central en cuanto al desarrollo de aprendizajes dinámicos y de prácticas efectivas. (Cardozo, 2008)

El ámbito de la educación ofrece numerosas ventajas ya que podemos en este espacio acceder a adolescentes en cuyo momento de sus vidas son más susceptibles ante la adquisición de valores, actitudes y hábitos que influirán en su desarrollo personal y social. Su organización permite ofrecer una formación y una información acerca de conductas de riesgo, de las consecuencias de las mismas en forma bien estructurada, sistemática y adecuada para cada edad, mediante una acción intencional, específica y a su vez planificada, con la posibilidad de evaluación y de continuidad en el tiempo. (Carbonetti & Carbonetti, 2008)

Como comentario final, entonces, los ámbitos en los que se habilita la participación de los jóvenes sirven para fomentar el involucramiento de los mismos porque traen aparejados el interés por formar parte de un proceso al cual se integran. Resulta ser una herramienta para favorecer la inclusión en el colectivo y promueve también el alejamiento de los factores de riesgo a los que pueden quedar expuestos.

Además, el apoyo por parte de los mayores y la creciente toma de responsabilidades van fomentando su progresiva autonomía personal hasta llegada la adultez, sin olvidar también la influencia de los grupos de pares como se planteara en el capítulo sobre identidad. Mientras, las diversas instituciones cumplen la función de protección y garantía de sus derechos, siempre teniendo en cuenta el contexto que rodea al joven dado que la red de sustento con la que cuenta ocasionará en buena medida que el proceso de desarrollo sea más o menos fluido.

Reflexiones finales.

La adolescencia se presenta como una etapa compleja, como fue dicho anteriormente. En muchos casos el adolescente resulta ser permeable a la asunción de valores, de roles y de normas que directamente influyen en la construcción de su identidad y es a la vez susceptible al medio en que vive. Es este medio en que habita, junto a sus experiencias propias y los vínculos que va generando a lo largo del tiempo que van delineando la singularidad de su identidad propia. Estas condiciones también conllevan a que se genere la exposición a factores de riesgo que hagan de ésta una etapa en donde la vulnerabilidad se halla particularmente presente ante distintos problemas.

Esta vulnerabilidad se manifiesta también a nivel de la sociedad al hablar acerca de la exclusión, por ende el vínculo social como plantea Castel (1997) es un factor relevante tomado desde el punto de vista de los procesos de desafiliación. Dependerá de distintos factores como el trabajo, la educación, la familia, la vivienda, el ambiente, entre muchos otros que llevan a considerar a un individuo o colectivo en situación de exclusión. A la vez estos mismos componentes o factores tienen influencia directa en el desarrollo de los jóvenes, lo cual nos muestra que la vulnerabilidad y la exclusión pueden manifestarse en cualquier edad, si bien en este trabajo se busca plantear el despliegue de estos mecanismos particularmente en la adolescencia.

El desarrollo se ve condicionado en sus distintas etapas por las instituciones que marcan e influyen sobre la vida de las personas. Es así que la familia, la educación y el trabajo son ámbitos muy importantes de socialización y habilitan o dificultan el crecimiento de las personas y el despliegue de sus potencialidades. También en esto es fundamental el papel del Estado en la garantía de todos los derechos de estas personas.

Como fue planteado a lo largo de este trabajo estas instituciones sirven como espacios de referencia y sustento y como organizadores de la vida social. Cuando estas instituciones se ven desinvertidas del rol que históricamente desplegaron se generan nuevas formas de vivir en sociedad puesto que no hay una forma establecida de habitar estos espacios, como sí los había antes.

Tomando el ejemplo de la familia se ven desplegadas muchas formas de organización interna, donde los roles no necesariamente están definidos estrictamente, si bien la imagen de la familia que se construyó en la Modernidad aún se halla presente en el imaginario social. Esto va generando por un lado el cese del autoritarismo que

caracterizó la presencia del adultocentrismo y que configuró a la familia durante mucho tiempo. Por otro lado, es cierto también que se produce la dificultad por hallar espacios de significación y de enunciación donde colocarse en los distintos esquemas familiares teniendo influencia en la adaptación en cuanto a los mismos. La alternativa a la jerarquización de la figura del adulto y a la ausencia total de figuras de referencia debe ser la de sustento en el desarrollo y crecimiento, es decir, que se constituyan redes en donde las figuras que ostentan autoridad ejerzan como facilitadores en el proceso de la adquisición de la autonomía por parte de los jóvenes.

También en la educación aparecen procesos de desubjetivación, por ejemplo a la hora de enunciar formas de enseñar sobre todo a las nuevas generaciones. Las formas de educar convencionales ya no son eficaces para responder a las necesidades de los alumnos dada la heterogeneidad de los mismos. Si bien es cierto que no hay un factor singular que dé cuenta de por sí de los mecanismos de exclusión ni a nivel social ni educativo no es coincidencia que los indicadores muestren que en sectores de mayor vulnerabilidad social se presenten las mayores dificultades en la educación, sobre todo a nivel de adaptación y permanencia. En esto radica la importancia de una perspectiva en educación que considere las distintas necesidades de los jóvenes a modo de promover la inclusión.

Como etapa la adolescencia tiene necesidades específicas, pero también es importante resaltar la necesidad de un abordaje que dé cuenta de las potencialidades que pueden manifestar los jóvenes en lugar de sólo enfocarse en las carencias. Por lo tanto es fundamental la habilitación de espacios de participación para los jóvenes. En esto una vez más el papel de las redes de apoyo con las que cuentan estos jóvenes es relevante.

Los adolescentes deben ser vistos como agentes activos del medio en que viven, el abordaje de la Psicología Comunitaria resalta el fortalecimiento de este rol activo por parte de la comunidad. La posibilidad de participación social por parte de los jóvenes facilita el involucramiento e integración en el entramado social al que pertenecen generando desde sus propios intereses la expresión de sus potencialidades y el desarrollo de su autonomía, incentivando a la vez el sentido de pertenencia hacia los espacios que habitan posibilitando su inclusión a los mismos.

Referencias bibliográficas:

- ANEP (2015) *Relevamiento de Programas Centrales y de los Consejos Desconcentrados*. Recuperado de: <http://pcentrales.anep.edu.uy/index.php/programas>
- Aristimuño, A & De Armas, G (2012) *La transformación de la educación media en perspectiva comparada. Tendencias y experiencias innovadoras para el debate en Uruguay*. Innovar en educación. UNICEF, Uruguay Recuperado de: <http://www.unicef.org/uruguay/spanish/transformaciones-web.pdf>
- Baráibar, X. (2000) Algunos aportes para la discusión sobre exclusión social. *Revista electrónica Surá*. Recuperado de: <http://www.inau.gub.uy/biblioteca/exsocial.pdf>
- Barrón, M. (2008) Adolescentes incluidos, adolescentes excluidos. En Barrón, M. (Comp.) *Adolescentes incluidos, adolescentes excluidos*. (pp. 9-20). Córdoba: Editorial Brujas - Universidad de Córdoba
- Bonet, J. (2006) La vulnerabilidad relacional: Análisis del fenómeno y pautas de intervención. *Revista Redes*. Recuperado de: <http://revista-redes.rediris.es>
- Botinelli, M., Lenta, M., Longo, R., Moschella, R., Nabergoi, M., Pawlowicz, M. y Sopransi, M. (2011) Salud comunitaria: Jóvenes escolarizados y vulnerabilidad psicosocial. *Investigaciones en psicología*. 3(16), 22-30 Recuperado de: <http://www.aacademica.org/maria.malena.lenta/45>
- Carbonetti, M.E & Carbonetti, M.J (2008) Promoviendo el desarrollo en salud. En Barrón, M. (Comp.) *Adolescentes incluidos, adolescentes excluidos*. (pp. 73-80). Córdoba: Editorial Brujas - Universidad de Córdoba
- Cardozo, G. (2008) La Participación Juvenil: una estrategia para la inclusión social de I@s jóvenes. En Barrón, M. (Comp.) *Adolescentes incluidos, adolescentes excluidos*. (pp. 21-34). Córdoba: Editorial Brujas - Universidad de Córdoba
- Castel, R. (1997) *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós
- Compromiso Educativo (2014) *Miradas. A cuatro años de Compromiso Educativo*. Recuperado de: http://www2.compromisoeducativo.edu.uy/sitio/?page_id=1126

- Crabay, M. (2008) Desafíos Identitarios en Adolescencias Violentadas Un estudio realizado en Río Cuarto (Cba.) En Barrón, M. (Comp.) *Adolescentes incluidos, adolescentes excluidos*. (pp. 35-72). Córdoba: Editorial Brujas - Universidad de Córdoba
- Duschatzky, S & Corea, C (2009) *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. 1ª ed. 6ª reimp. Bs.As.: Paidós.
- Eguillor, R. (2008) Inclusión. Exclusión. Una aproximación desde la conformación de los circuitos escolares. En Barrón, M. (Comp.) *Adolescentes incluidos, adolescentes excluidos*. (pp. 81-88). Córdoba: Editorial Brujas - Universidad de Córdoba
- Giorgi, V. (2012) Entre el control tutelar y la producción de ciudadanía: aportes de la Psicología Comunitaria a las políticas de infancia. En Sánchez, A., Alfaro, J. y Zambrano, A. (Comp.) *Psicología Comunitaria y Políticas Sociales. Reflexiones y experiencias*. (201-226). Bs. As.: Paidós.
- Goncalves, A. L (2006) Análise histórica da desigualdade: marginalidade, segregacao e exclusao. *Psicología & Sociedade*. 17(2) doi: 10.1590/S0102-71822005000200003
- Gonçalves, M. (2004). Los adolescentes como agentes de cambio social: Algunas reflexiones para los psicólogos sociales comunitarios. *Psykhé*, 13(2), 131-142. Recuperado de: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22282004000200010
- Factum (2012) *Los temas que más preocupan a los uruguayos*. Revista de análisis político, opinión pública y estudios sociales. Recuperado de: <http://www.factum.uy/articulos/analisis/2012/ana121221.php>
- Instituto Nacional de Estadística (2015) *Estimación de la pobreza por el método de ingreso*. Año 2014. Recuperado de: <http://www.ine.gub.uy/documents/10181/35933/Estimaci%C3%B3n+de+la+pobrez+a+por+el+M%C3%A9todo+del+Ingreso+2014/6b034411-75bb-4ba7-b10d-092f5e351d6c>.
- INEEd Instituto Nacional de Evaluación Educativa (2014) *Informe sobre el estado de la educación en Uruguay 2014*. Recuperado de:

http://ieeuy2014.ineed.edu.uy/pdf/Informe_sobre_el_estado_de_la_educacion_en_Uruguay_2014.pdf

Montero, M. (2004) *Introducción a la Psicología Comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos*. Bs. As.: Paidós.

MIDES (2013) Reporte Social 2013. *Principales características del Uruguay social*.

Recuperado de:

www.mides.gub.uy/innovaportal/file/23497/1/reporte_social_2013.pdf

MIDES (2015) *Jóvenes en Red*. Recuperado de:

http://www.mides.gub.uy/innovaportal/v/14544/3/innova.front/jovenes_en_red

Patiño, J. (2015) *La educación en Uruguay: desafíos, líneas de acción y propuestas de mejora para el quinquenio 2015-2020*. Recuperado de:

www.acadeco.com.uy/files/2015_premio_Patino.pdf

Silva, C & Martínez, M (2007) Empoderamiento, participación y autoconcepto de persona socialmente comprometida en adolescentes chilenos. *Interamerican Journal of Psychology*. 41(2) 129-138 Recuperado de:

www.psicorip.org/Resumos/PerP/RIP/RIP041a5/RIP04114.pdf

Viera, A & Zebalos, Y (2009) Inclusión educativa en Uruguay: una revisión posible. *Psicología, conocimiento y sociedad*, 4(2), 237-260. Revisión. Universidad de la República. Recuperado de:

<http://revista.psico.edu.uy/index.php/revpsicologia/article/view/243>

Zaldúa, G., Pawlowicz, M., Longo, R., Nabergoi, M., Pequeño, D., Estrada, S.,... Gaillard, P. (2008) Jóvenes en contextos críticos: identidades y proyectos. Una lectura desde la Psicología Social Comunitaria. *XV Jornadas de Investigación y Cuarto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires. Recuperado de: <http://www.aacademica.org/000-032/497>